

El Robo

Novela

Jorge B. Hoyos Ty.

Ilustración de tapa: Nelva Greco

Amistad, hacedor y bello afecto.

*En orden cronológico
de aporte y estímulo a esta obra, mi gratitud para:*

*Gustavo Hoyos
Gabriela Orzanco
Nelva Greco*

Prólogo

Un zaguán. En 5 y 54, en La Modelo, dos amigos comparten una cerveza.

Y nuestras calles, y su sombra, tan nuestra.

Uno camina esta novela como si caminara la ciudad y llega, por ejemplo, a 7 y 50 y se puede dar el gusto de entrar al Museo Municipal de Bellas Artes a ver una muestra de pintura.

Quiero agradecerle a Hoyos, a mi amigo Hoyos, este platense que no ha nacido en La Plata, que con su primer novela nos haya ayudado a construir esa "otra" ciudad de Papel, de historias y de sueños, que tanto necesitamos.

Marcelo L. Vernet

I

LA NOCHE

1

El asado de un centenar de colegas y amigos terminaba, pero venían los discursos y la reunión se prolongaría aún. Roberto se molestó, una vez más, en acomodar la carpeta que mantenía sobre sus rodillas. "Voy al auto a dejar estos papeles", le dijo a César, que estaba a su lado. Abandonó el patio de la vieja casa platense donde se desarrollaba la cena y salió a la calle.

Algunas instituciones de funcionamiento diurno determinaban en esa cuadra muy poco movimiento nocturno y grandes árboles la hacían oscura.

Cruzó la calle hacia el lugar donde había dejado el auto pero no lo veía. Por supuesto que lo había dejado "allí" ... no entendía nada ... quizá un poco más allá ... ¿había otro vehículo donde debía estar el suyo, o era el espacio vacío "ese"? Miró hacia un extremo y otro, recorrió la vereda, no, su auto no estaba, ¡no estaba!, se había esfumado, se lo habían llevado. Aturdido, volvió a caminar de un extremo a otro de la cuadra, ¿para qué? Se fijó también en la otra vereda, auto por auto, ¿para qué?, se fijó igual. ¿Qué hacer? Nada, nada.

La media luz, los negros árboles, su propia ofuscación, sirvieron para que escuchara unos pasos y les prestara atención. En la desierta calle una mujer joven se aproximaba. Caminaba de alguna manera, algo apenas perceptible en sus hombros y sus brazos, un gesto de autoprotección, como cuando molesta un viento frío; pasó y percibió su mirada, aún sin ver sus ojos.

Un instante de tenue comunicación mientras, desesperadamente, era invadido por la certeza de haber sido robado. Sí, le habían robado el auto. Le había tocado a él.

Maquinalmente, volvió a su lugar en el asado. Los discursos habían comenzado, escuchó a medias, ¿qué hacer, qué hacer?... las palabras seguían. Llegaron, por fin, los movimientos de despedida. "Me robaron el auto" le dijo a César. Pareció no entender, se lo repitió. Otros se fueron sumando a la noticia y salieron por el zaguán a la puerta de calle; "allí lo dejé, señaló Roberto, no está más". Indignación, se escucharon frases entrecortadas y puteadas.

- ¿Qué vas a hacer? - se preocupó César.
- La denuncia en la Comisaría, qué otra cosa puedo hacer.
- Vamos, los llevo - se ofreció Guillermo, otro comensal.

- ¿Cómo aguantaste hasta decirme que te habían robado el auto? - preguntó César.
- No tenía alternativa, ¿qué podía hacer? ¿habría sido mejor salir antes para hacer la denuncia?

Media noche pasada, calles confiables, sin transeúntes a esas horas; en una ciudad tranquila, pacífica y normal. ¿Normal, pacífica, tranquila? Roberto comenzaba a experimentar que su ciudad, La Plata, podía tener manifestaciones muy extrañas; podía tornar efímera, esfumar, cualquier definición.

Fueron tres caricontecidos los que entraron en la comisaría.

- ¿Señor?
- Queremos hacer la denuncia del robo de un auto.
- ¿Dónde?

Le explicaron la dirección; entonces, el policía hizo un gesto afirmativo.

- ¿Cuándo?
- Ahora, entre las veinte y las veinticuatro horas.
- Bueno, esperen un momento.

Pasaron a un cuarto con máquina de escribir en una mesita y dos sillas libres. El policía comenzó a teclear, por suerte los dos dedos iban rápido, y comenzó su rutina con Roberto: ¿nombre?, ¿nombre del padre? ¿nombre de la madre? ¿sabe leer? ¿profesión? ¿número de patente? ¿marca, modelo, año del modelo? ¿dónde se lo robaron? ¿a qué hora?, y así siguiendo. Entonces agregó:

- Necesita dos testigos.
- Bueno, he venido con estos dos amigos.

El policía volvió a su rito, esta vez con César: ¿nombre? ¿nombre del padre? ¿nombre de la madre? ...

- ¿Ud. conoce a este hombre?
- Pero - reaccionó César -, si no, no lo estaría acompañando.
- ¿Qué concepto tiene de él?
- Excelente.
- ¿Cree que sería capaz de hacer una denuncia falsa?
- ¡Qué va hombre!, además, yo lo vi cuando estacionó el auto.

César tenía normalmente muy pocas pulgas y, por lo visto, con este interrogatorio ya se le habían trepado unas cuantas. La ceremonia se repitió con Guillermo, más las firmas en cada caso. César volvió a la carga:

- Escuchame - le dijo al policía; tenía años suficientes y autoridad natural para hacerlo, no era un tuteo que emergía así no más -. Si yo tuviera mal concepto de "este hombre", ¿habría venido con él?

El policía lo tomó con humor.

- ¿Ud. sabe, cuánta gente viene acá y declara macanas?

Alguien se acercó a pedir confirmación del número de patente. Pareció un detalle importantísimo, estaban comunicando de inmediato el asunto a las unidades móviles.

A Roberto le quedaba una pregunta:

- Escúcheme, yo sabía que robaban autos los fines de semana, para tirarlos por allí el domingo o el lunes. Pero, un robo en día lunes, ¿qué significa?
- Necesitan gomas, se las sacan y lo abandonan - fue la respuesta; habría otras, pero nadie estaba interesado en permanecer más tiempo allí.

Preguntaron al policía su nombre, el nombre del Comisario, el teléfono de la comisaría y salieron.

- Les agradezco que me acompañaran, ahora les tengo que pedir que me acerquen a casa - Era lo único que deseaba Roberto. "Mañana será otro día", se dijo mentalmente.

En el trayecto se alternaron silencios, comentarios amargos y miradas a todos lados.

2

Roberto pensaba que era difícil o misterioso hablar con un Comisario, eran tiempos democráticos, podría ser recibido: le preocupaba presentarse como un Don Nadie, doctor o ingeniero, no importaba, pero Juan Pérez. En otros años, hacía poco, la comisaría misma era temible; por cualquier circunstancia que se entrara la salida impresionaba como difícil, comprometida, caprichosa. Hacían sonar un timbre avisando que la persona tenía el derecho de retornar a la calle. Desde una comisaría era impensable usar el teléfono para comunicarse con el exterior.

El cabo de guardia le dijo que esperara unos minutos. Era cerca del medio día y había poca actividad; ambiente austero y desprolijo, dos escasos muebles, una tarima de recepción y una silla venidas a menos. Un policía se acercó diciéndole que pasara. Avanzó unos cinco metros por un corredor. En una habitación con ventana a la calle, el Comisario lo recibió con gesto amable. No progresaron demasiado las presentaciones y el dueño de casa debió atender unas llamadas telefónicas. Ellas sirvieron para que Roberto se enterara que hacía pocos meses se había hecho cargo de esa comisaría, que encontró a la Cooperadora en rojo y que el patrullero no le andaba.

- Lo vengo a ver porque es Ud. el único hilo de esperanza con mi auto.
- Vea - explicó el Comisario -, ayer llamó el Juez Lombard y le hemos dado a la búsqueda un tratamiento especial, pero hace falta que tengamos suerte.
- Han pasado ya cuarenta y ocho horas - observó Roberto - y si el auto está tirado por allí, le deben estar pasando las tarántulas encima.
- No sea tan pesimista - fue la respuesta -, puede aparecer.
- ¿Por qué mi auto?

Dios sabe cuántas connotaciones tenía para Roberto una pregunta tan banal. El Comisario no la contestó pero explicó que las causas de robos eran muy variadas.

- Pendejos que sólo quieren demostrar que son capaces de robar un auto, otros que necesitan las gomas ...
- Mi auto estuvo estacionado allí entre las veinte y las veinticuatro horas, otros fueron estacionados en la misma vereda, por algunos minutos o más tiempo, autos más nuevos, el mío es un modelo de hace diez años, ¿por qué el mío? - insistió.

El Comisario, siempre muy amable, siguió explicando otras motivaciones de robo, a él mismo "la semana pasada" le habían robado el pasacassettes, se lo sacaron "limpito", le dejaron la puerta del auto cerrada, "realmente, si los agarro, tengo que felicitarlos".

Roberto había dicho ya que traía saludos de un amigo común, lo que el Comisario consideró como un motivo más para interesarse en la búsqueda ... hacía falta suerte.

Una llamada telefónica más. La visita estaba terminada.

Esperó que el Comisario concluyera la comunicación y se despidió tratando de mostrarse simpático pero se notó incoherente.

Roberto subió a un micro de transporte urbano, repasando la entrevista. Había escuchado sobre las propias limitaciones de la comisaría, "estamos para servir a la comunidad pero nos hacen falta medios", "estos son todos problemas, no es como en las series yanquis, la legislación también debería mejorarse, no es posible que yo meta preso a un delincuente y a las veinticuatro horas tenga que dejarlo libre". "Todo tiene sus pro y sus contra, pensó Roberto, en otros tiempos qué fácil era catalogar como delincuente a cualquier ciudadano".

No tenía nada ganado en su línea de esperanza; quizá, a fuerza de optimismo, sólo alguna cuota de interés dejada en el Comisario que, ¿ayudaría cómo a la búsqueda?, no tenía la menor idea. Alguien dejó un asiento libre. Roberto se sentó y trató de distraerse mirando por la ventanilla.

Recordó un par de conversaciones del día anterior. La primera, durante la mañana, con un amigo "experto", que preguntó:

- ¿Hiciste la denuncia?
- Sí, anoche mismo, en la comisaría.
- Bien, pero ellos no te lo buscan, hay que decirle a "La Regional", yo puedo hacerlo pero igual, lo mejor es que lo busques vos. A mí me robaron el auto y no encontré nada por la policía, no me ayudaron nada. Lo buscamos con mi hermano por todas partes. Lo encontramos, semanas después, en unas canteras de Villa Elvira, destrozado, le habían arrancado todo, mirá, irreconocible. Lo reconstruí; ahora lo tengo con todo, alarma, trabavolante, vidrios marcados. Yo, igual, llamo a la Regional pero, ¿podés buscarlo vos?
- Sí.
- Mirá, es lo mejor.

Se había despedido sin preguntar qué era "La Regional" y, ahora, no sabía cómo relacionar los dichos del amigo con los del Comisario.

La otra conversación de ayer. A medio día, había llamado a Gerardo:

- Recién hablé por teléfono con el Comisario, me dijo que lo había llamado el Juez Lombard y se iba a preocupar especialmente, "cómo no, habiendo llamado el Juez, no se preocupe; si quiere verme por esto, no hace falta pero bueno, si gusta venir". Me sorprendió y no sé por dónde vino lo del Juez.
- Sí, fui yo - respondió Gerardo -. Hoy temprano estuve con Lombard y en mi presencia llamó al Comisario.
- Fuiste vos, bueno, muchas gracias. Tengo la entrevista para mañana.

Era un día sofocante. Advirtió que debía bajarse del ómnibus y suspendió sus cavilaciones. Se dirigió a su oficina.

Tenía tarea en su escritorio, trabajó con lo más urgente y salió a almorzar algo. En calle 8 y 50 se encontró con una amiga que había estado en el asado. Caminaron juntos unos metros.

- ¿Sabés? Me pregunto por qué mi auto y me quedo sin respuesta, el mío es de hace diez años; durante las cuatro horas que estuvo allí otros autos más nuevos llegaron, estacionaron y salieron.
- No Roberto, en esa cuadra ya van robando seis autos, de fulano, fulano ... (con nombres y apellidos). Y eso es lo que sabemos nosotros. Habría que preguntarles también a las dos instituciones que hay en la cuadra.

Roberto se quedó atónito. Semejante información jamás se había desprendido de tantas conversaciones; "parece ser fatalmente así, pensó, tiene uno que sufrir la cosa para enterarse que debería haber hecho tal o cual otra preventivamente". Sabía que robaban pasacassettes, que podían romper prácticamente todo el tablero, que se llevaban ropa dejada en el interior del vehículo, eso sabía, eso que pasaba en cualquier lado en apenas unos minutos, pero seis autos robados en los últimos meses, allí precisamente, eso ni siquiera lo habría sospechado.

Fue lo que pensó después o inmediatamente después; sólo atinó por toda reacción a quedarse mirando largamente el piso, mientras se despedían y su amiga cambiaba de acera.

3

Cecilia era estudiante de abogacía, le faltaban sólo tres materias. Le encantaba su profesión, en la que empezaba a incursionar colaborando con el estudio de unos amigos, al que se integraría formalmente luego de recibirse.

Venía reponiéndose del alejamiento de su hermano que, por falta de trabajo en el país, estaba intentando afirmarse en Estados Unidos desde hacía dos años. Era mayor que ella y se querían muchísimo. Cuando se fue se encontró con un vacío tremendo. Hasta ese momento había ayudado en

gestiones, en averiguaciones; había mezclado amargura y rebeldía contra el éxodo, con entusiasmo en la preparación del viaje. Después, le quedó la ausencia forzada dentro de una familia hasta entonces sin mayores sobresaltos.

Cecilia se volvió taciturna; alternaba empecinamientos y encierros de estudio con ausencias de motivación, días pesados y torpes de no aguantarse a sí misma. Conocía penurias infinitamente peores que la suya, una amiga tenía un hermano desaparecido. Éste y otros desgraciados casos no le servían de consuelo, a ella le tocaba otra variante negativa de su propia sociedad; él no se había ido ni a pasear, ni con una beca, ni con nada seguro, se había ido porque no encontraba trabajo por ningún lado y lo agobiaba la frustración de encontrarse inútil con un título de ingeniero.

Un día, mientras compraba medialunas, se sintió observada desde atrás. La sensación fue muy peculiar de modo que prefirió morder su curiosidad, intentó adivinar algo en los ojos de la chica que la estaba atendiendo pero no le sirvió. Entonces repasó que llevaba un vestido floreado de pollera corta, sandalias de taco mediano, y de espaldas, de espaldas tenía el cabello suelto y lacio; vestía con sencillez, pero se sintió segura de lucir muy bien.

Si había un observador, también estaría admirando unas piernas estilizadas, de suaves ondulaciones y doradas por el sol.

Cuando pagó en la caja y giró para salir, en el marco de la puerta había un muchacho mirándola, se sintió turbada y prefirió hacerse la indiferente. Mientras se alejaba del lugar se rió de lo que podían ser sus fantasías; de todos modos, le pareció que no estaba mal “el fulano”.

Días más tarde, una voz desconocida le dijo por teléfono que era una preciosura de mujer. Tanto la sorprendió que hasta respondió “gracias” pero se repuso y colgó. No pasaron tres semanas cuando le presentaron a Gerardo. Entonces, se divertieron reconociéndose.

Cecilia no se interesó inicialmente pero, como los encuentros se repitieron y él se las ingenió para no forzar las cosas, comenzó a salir de su cascarón y dejarse ganar por una emoción que sólo ella intentaba negarse.

Encontraron mucho en común y compartieron amigos. Entre ellos, uno de los primeros que conoció fue Roberto. Le llamó mucho la atención porque tenía gestos que le hacían recordar a su hermano y le agradó su manera sencilla y espontánea de mostrarse cálido.

4

Los jueves no eran especialmente cargados, pero esa mañana las llamadas telefónicas no cesaban. Cuando le dijeron, esta vez, que un amigo estaba en línea se sintió aliviado y se predispuso mejor:

- Hola Gabriel, ¿qué tal?
- Mirá Roberto, me parece que la comisaría de 5 y 59 tiene un auto igual al tuyo, estacionado enfrente.

- Bueno, gracias, no es la comisaría donde hice la denuncia pero, voy a verlo enseguida.

Era una mañana lluviosa; prefirió caminar unas ocho cuadras, le serviría para desintoxicarse un poco. Tres días habían pasado ya,

Accedió por 59, todas las veredas de la esquina estaban ocupadas con autos estacionados. Le llevó unos minutos localizar al “verde techo negro”. Era realmente igual a primera vista, “qué buen ojo tiene Gabriel - pensó Roberto – ha estado algunas veces conmigo en el auto, bueno, también lo veía con frecuencia en el estacionamiento”. El número de la chapa era otro, las ruedas convencionales para el modelo pero con tasas distintas, el tapizado negro en lugar de verde, y otra serie de detalles diferentes que él podía naturalmente advertir. Además, el auto estaba como para “exposición” así que lo miró de arriba abajo, le faltaba una pequeña abolladura en el baúl, no tenía cinturones de seguridad atrás. Pero, alejándose unos pasos, ¡era tan igual!

- Te llamo para agradecerte, lo estuve viendo hace unos minutos, no era pero le pegaste en el poste. Estaba muy entero, no habían pasado las tarántulas, el interior se veía bastante en orden. Claro, es natural que yo advirtiera muchas diferencias.
- Bien Roberto, te deseo suerte, estaba pensando que a ese auto quizá lo sacaron de alguna zanja, no parece chocado. Yo no recordaba el color del tapizado del tuyo. Igual me mantengo alerta, ojalá pueda avisarte algo.

II

ELLA

1

Era una tarde de viernes, Roberto y Gerardo compartían unas cervezas en el Café de 5 y 54, eran grandes amigos.

Gerardo tenía su propia cicatriz de robo, de un verano en Mar del Plata. Toda la familia estaba almorzando en Playa Grande.

Las escalinatas hasta la rambla, el ancho de la avenida y cuarenta metros por Quintana era toda la distancia que los separaba del edificio del departamento. Cuando volvieron, para descansar en un medio día muy caluroso, encontraron un agujero en lugar de la cerradura. Adentro todo revuelto, todo

salvajemente violentado. Perdieron dinero, ropa, una radio, un televisor portátil. Se aturdieron, se desesperaron, tuvieron reacciones estúpidas. Recorrieron las escaleras del cuarto piso hacia arriba, revisaron la azotea. Vieron al portero. Hicieron la denuncia en la comisaría. Un policía fue más tarde. Nada, nada de nada. Vacaciones arruinadas, retorno anticipado. Nada, sólo el agujero en la puerta. Nada años después.

¡Hola!, saludó Cecilia. ¡Hola!, respondieron ambos, sorprendidos en la conversación. Cecilia eligió una silla frente a la venta, su bella trenza meció por los hombros y se acomodó adornando su cuello. Tenía un espléndido rostro oval que el cabello negro, ceñido, la pintaba española. Roberto se deleitaba mirándola. “Yo encarnaría a Carmen contigo, la embromaba a veces, no clásica, no gitana pero sí, ¡bien andaluza!”

La llegada de Cecilia los distendió; hablaron del tiempo, del dólar; de la clase media que le dicen “clase tuvo”, tuvo televisor, tuvo auto, tuvo casa; de los chistes de Ménem. Ceci se divirtió mucho contando el último que escuchó esa tarde: Ménem dicta un Decreto de necesidad y urgencia en La Rioja, tal día a tal hora deberán irse todos los gatos blancos. Efectivamente, tal día a tal hora, chin-chin, chin-chin los gatos blancos en fila india se van. Al final de la cola aparece un perro grande y negro. ¡Che, estúpido!, le dicen, ¡a vos nadie te dijo que te vayas! ¿Cómo?, contesta el perro, ¿y las contradicciones de Ménem?

Compartieron sandwiches de lomito, milanesas trozadas y cerveza tirada bien fría; una delicia en verano y mejor aún en tarde de viernes.

Cecilia y Gerardo se ofrecieron para acercarlo a casa a Roberto.

El tema del auto volvió solo.

- Roberto, lo que todos dicen es que uno mismo tiene que buscarlo.
- Sí, a mí también me lo han dicho.
- Yo he ido por Diagonal 74 a Punta Lara y Ensenada. Me comentaste lo de las canteras y estuve por el lado del aeropuerto. Nada – contó Gerardo, que asumía la pérdida como suya -. ¿Sabés la cantidad de iguales que vengo viendo? Una vez he seguido a uno, otra he intentado y se me ha perdido. La única forma es que justo, justo pase a tu lado y lo puedas seguir. Mirá, ayer vi uno desde un segundo piso; tenía mi auto a mano, bajé, y “el tuyo” había desaparecido.
- ¿Qué calle, qué alternativa vas a tomar? ¿todas?, no se puede. ¿Rastrillar la ciudad? ¿podés?, no. ¿Y si no está más en La Plata? ¿Si está en Varela, en Avellaneda?

2

Iliquidez y feriados bancarios en la semana anterior, ese lunes había demasiada gente en el Banco.

Roberto tenía delante a tres personas, en la cola para llegar a la Caja 2. En la ventanilla 5, a una muchacha le faltaba una sola persona.

Era una mujer hermosa, pelo castaño claro, ondulado o rizado, casi rubio. Miraba al cajero, miraba al gordo que tenía delante, las colas impacientan, sus ojos recorrieron toda la sala. La mirada lo rozó. ¡Esa mirada! Roberto se sintió bruscamente turbado y transportado a la noche del robo. El gordo avanzó. A él le faltaban dos personas.

Estiró el cuello, el gordo tenía un montón de boletas. Ahora le faltaba a él una persona. La chica vestía pantalones de jean y zapatos de taco alto. El gordo seguía.

La señora que tenía delante terminó su pago y le pidió permiso para salir. Alcanzó a ver que el gordo se iba.

- Le falta firmar aquí – le dijo el cajero.
- Perdón, sí.
- Y aquí, también, señor.
- Bien, bien.

Dejó la ventanilla. La muchacha ya no estaba.

De regreso en su oficina, recordó que debía llamar a un amigo:

- Disculpame, el otro día, apenas si pude saludarte a través de mi secretaria. Gracias por tu interés, viejo. Ya ha pasado una semana y quién sabe en qué desgraciada variante está metido mi auto.
- Yo he pasado los datos a todos los radioaficionados de la zona; si nos enteramos de algo te avisaremos; esto es muy lamentable, un auto, hoy por hoy, es de muy difícil reposición. Te deseo suerte, ojalá lo encuentres. Tengo anotadas las señas particulares que me diste. Un abrazo.

3

¿Por qué mi auto? Esta pregunta tornaba sospechoso al más inocente.

En la tarde previa a la noche del robo, Roberto había salido anticipadamente de una conferencia de Ingeniería para llegar a votar en las elecciones de la agrupación de amigos y que cerraría con el asado. Saliendo del viejo edificio de la Facultad por el frente de calle 1 y luego por el costado de 47, pasó al lado de un joven sentado en el piso y recostado en una columna, de espaldas a él y a su derecha mientras avanzaba. Estaba ubicado justamente frente a su auto, como observador perfecto del vehículo, estacionado a unos veinte metros bajo los árboles, contra el edificio de Ciencias Exactas. En el momento sólo registró la imagen: el muchacho de espaldas y su auto al fondo. Después del robo la recordó, imaginándose víctima de un seguimiento previo. Bueno, su auto no era el único observable desde esa posición; Dios sabe qué hacía allí ese muchacho, ¿muchacho?, ni siquiera podía asegurar si se había tratado de un chico o de una chica.

“Hola, qué gusto de verlo”, le dijo una persona casi desconocida y no agradable para él, días después del robo, en la calle. “Adiós, buenas tardes” fue toda la respuesta. “¿Qué raro? – pensó Roberto – ¿Justo este tipo tiene el ‘gusto de verme’?”

Mientras tomaba cerveza en un bar de la calle 44, un hombre semibarbado y desprolijo lo miró sonriente y desapareció por la esquina de 11. ¿Burlón? ¿casualidad? ¿nada que ver? ¿susceptibilidad desbordada?

III

GRISES

1

La luz roja detuvo en la rotonda de 7 al micro “18 letra B” que venía por la calle 32. Roberto ocupaba el segundo asiento de la derecha, lado ventanilla. Girando distraídamente la cabeza, vio detenido contra la segunda mitad del ómnibus a un “verde techo negro” y perdió algunos instantes hasta precisar, prestar atención realmente, que se trataba de un auto igual al suyo. Lo conducía una mujer de mediana edad; intentó ver la chapa. Entre forzar el giro de la cabeza hacia atrás y hacia abajo, la chapa sucia y abollada, y temer que el semáforo diera luz verde, reconoció un primer cinco, luego un antepenúltimo nueve, se esforzó por encontrar un siete final y no lo pudo leer.

El micro arrancó y comenzó a circundar la rotonda para tomar 7 en dirección a Gonnet. Recién entonces, reparó que la chapa de su auto tenía también un cinco inicial y un antepenúltimo nueve; toda su atención había estado dirigida a encontrar el siete final.

Trató de ver por dónde seguía el “verde techo negro” y no, no había girado junto con el micro ni se lo veía entre los que seguían por 32. Seguro, había tomado 7 hacia el centro de la Plata, en sentido contrario al que llevaba ahora el ómnibus que lo conducía. El auto había desaparecido a sus espaldas.

“¿Habré visto mi auto? ¿Puede ser posible?”, pensó.

Llegado a su casa, llamó a un amigo chapista y le comentó lo sucedido:

- ¿Puede ser posible? – repitió Roberto.
- Sí – fue la respuesta -, a un cliente mío le robaron el auto y el hijo lo encontró estacionado en una calle del centro, tres meses después. Hay bastante impunidad, la policía no busca específicamente el auto, ¡lo encuentra si choca con él! Dígame, ¿estaba la tarjeta verde en la guantera?
- Sí, no, bueno; yo tengo la verde original pero en el auto hay una buena copia que he usado siempre.

- Entonces, también puede ser. Si lo detienen, la policía constata que coincide el número de la tarjeta con el de la chapa y no averigua otra cosa, a menos que tenga específicamente identificado ese número como de auto robado.
- Me vengo enterando de muchas cosas pero suponía, también, que a una semana del robo, el auto estaría descuartizado y tirado en alguna parte.
- Sí, puede ser, ¿qué modelo era?
- De hace diez años.
- Sí, puede ser. Es un modelo del que escasean los repuestos; le sacan todo lo vendible. Pero también los venden enteros y muy rápido, ahora parece haber mucha facilidad para falsificar papeles; cuando lo encuentra lo está usando tranquilamente otro “dueño”.
- Bueno, pero el problema será para él – reaccionó Roberto.
- Sí, claro. También los roban para venderlos fuera del país. Son muchas variantes, y no sería raro que esté dando vueltas por la ciudad.
- ¿Qué haría uno si lo encuentra?
- Avisar a la Policía, llamar al 101, creo.
- Bien, gracias por la información. Se me ocurre que hasta puede caer en su taller, un día; Ud. lo conoce muy bien, ¡avíseme!

2

Desde el día siguiente al robo, Roberto comenzó a ver tantos autos iguales al suyo como no lo hubiese sospechado antes. Cuando lo compró “cero kilómetro” y comenzó a usarlo, tuvo alguna experiencia parecida, constataba cómo se veía de lejos, otros habían tenido el mismo gusto de elección, una curiosidad de efecto placentero; una novedad que duró poco, prontamente dejó de reparar en los iguales, los parecidos o los de otros colores.

Ahora, qué distinta era la sensación de ver un “verde techo negro” igual, ¡uno o dos por día! ¡cuántos! ¡de no creer! ¿Veía alguno y qué intentaba reconocer? ¿Algún detalle en particular?, muy difícil o imposible, el “encuentro” solía durar escasos segundos. ¿La chapa? ¿tenía sentido pensar que andarían por allí despreocupadamente con el auto robado, con la misma chapa? Roberto comenzaba a experimentar que la lógica importaba poco; aún así, prefería la esperanza de que su auto no hubiese sido descuartizado, que siguiera vivo, camuflado o no; el chapista había contado de un auto encontrado estacionado en una calle céntrica después de tres meses de robado. “Lo último que se pierde es la esperanza”, ilusión reiterada ciertamente en toda circunstancia. Roberto solía recordar, y volvió a hacerlo, una ilustración de Pandora reteniendo a la esperanza en la caja que su curiosidad le había hecho abrir.

Pasados treinta días, ha visto muchos iguales en situaciones diversas y calificables como absurdas, desconcertantes o inservibles:

Caminando por calle 47, ve cruzar de izquierda a derecha por 5 un auto igual. Apesura el paso, sigue por 5 y el auto se ha perdido de vista. ¿Qué pudo ver? Que era verde, con el techo negro, imposible la chapa, imposible nada más.

Desde el primer asiento, a la izquierda de un micro, un auto igual se adelanta: lee perfectamente la chapa, distinta, sin embargo comienza con cinco y tiene algún nueve en el medio. El auto se ha adelantado unos veinte metros, los números de la chapa no se distinguen más; desde la aparición del vehículo el tiempo fue consumido sólo en darse cuenta que era un igual y en prestar atención a la chapa. Ahora son treinta metros, ¿qué más puede seguir viendo? El ómnibus para, el auto se pierde de vista y, cuerdas más adelante, no aparece más. Sí, era verde con techo negro, chapa distinta y nada más.

Sentado en un bar de calle 44, ve por una ventana, que cruza por 11 un auto igual, gira la cabeza para observarlo mejor y se pierde tras la siguiente ventana. ¿Qué vio? Verde, techo negro, nada más.

Caminando por calle 6, ve cruzar por 48 un “verde techo negro”. Nada más.

Estando en un micro, por calle 7, un igual cruza por una calle transversal, gira a la izquierda, toma 7 en sentido contrario al ómnibus y se pierde de vista. Verde, techo negro, lo conducía un muchacho, eso, nada más.

Desde un ómnibus ve, por segunda vez, un igual estacionado, tiene números diferentes en la chapa pero, curioso, baja especialmente del transporte urbano. Mira detenidamente el auto a medida que se acerca, está bajo unos árboles, cruzado con la trompa hacia la vereda, la antena a la derecha extraída en su mínima longitud, las tasas son lisas, ya está al lado y comienza a caminar alrededor, no existe la pequeña abolladura al borde del baúl ni señas de un eventual arreglo. Mira el interior. El tapizado es verde pero, ¿del mismo tono? En la zona de la palanca de cambios algo distinto, un receptáculo agregado para papeles y cosas de mano. En el vidrio de atrás viejas calcomanías donde él tenía sólo una y sin rastros de que hubiera sido despegada. Han pasado sólo unos segundos y ya siente vergüenza, piensa que es normal curiosear un auto nuevo, un modelo que recién comienza a circular, pero no que una persona ronde un vehículo cualquiera.

Se aleja del auto y se detiene frente a las revistas de un kiosco, vuelve y no se atreve a circundarlo. Sí, es color verde, el techo negro y ¡qué igual! Sí, son todos muy iguales, por algo son del mismo modelo y salen de la misma fábrica. A menos de haberle puesto una marca muy peculiar y evidente, aún teniéndolo allí, detenido, observable, era posible dudar si se trataba o no del suyo. ¿Qué podía esperarse de una observación a distancia y en movimiento?

En Buenos Aires, en Belgrano R a 60 km de La Plata, por la calle Melián, ve en menos de quince minutos dos autos iguales y alcanzó a leer la chapa de uno de ellos. “¿Por qué tendría que estar mi auto dando vueltas por La Plata? Podría estar en Belgrano, en Berazategui, en Santa Fe, en Mar del Plata, las posibilidades son infinitas. ¿No es una locura pretender que uno verá un día su auto? Que a alguien le haya ocurrido también es posible, pero una posibilidad entre muchas, muchísimas”.

Conduciendo el auto de Gerardo, ingresó a la plaza Olazábal por 38, en el espejo retrovisor vio un igual estacionado, lo pensó más de una vez pero no costaba nada, dio vuelta la plaza y se detuvo detrás: las tasas convencionales, no lisas, chapa distinta, tapizado verde, nada más, otro muy igual.

“Tendría uno que ingresar en cada igual, se dijo Roberto, sentarse al volante, recordar muchos pequeños detalles, en el tablero, en las manijas, en el tapizado, en los pedales, en los tapizados, en las alfombras; tendría que recorrerlo externamente, identificar avances de óxido, estado de babetas, acrílicos cambiados; habría que destapar el motor, abrir el baúl, etc., etc. Sólo así uno podría

reconocer su auto a pesar de tener otra chapa, otras ruedas, otras calcomanías. Claro, uno tendría la posibilidad de identificar los números del motor y de chasis, pero ellos también están expuestos a daños y modificaciones”.

“¿Qué se puede esperar de un encuentro callejero, aún con vehículo detenido? ¿Y de la policía?”

Roberto no cesaba de acosarse con preguntas.

3

- Escuchame – decía Gerardo a Roberto -, tengo un par de noticias. Se trata de un tipo que tiene una moto, me dieron la dirección, él se encarga de buscarlo, de encontrarlo.
- Pero, ¿quién es?
- Es un chorro, también. Te cobra un porcentaje.
- ¿Y la otra?
- Llamás a este teléfono de Buenos Aires, preguntás por “Pirulo”, es una empresa, se dedican a buscar y localizar autos robados, te cobran el diez por ciento; si el auto tiene seguro se lo cobran a la compañía de seguros, trabajan para esas compañías; si no tenés seguro, te cobran a vos.
- ¡Mirá vos! Ahora entiendo lo de ENTEL o lo de Ferrocarriles Argentinos.
- ¿Qué tiene que ver? – se sorprendió Gerardo.
- ¿Qué tiene que ver? Que, si ENTEL no funciona se multiplica el negocio de las antenas y las comunicaciones por radiofrecuencia. Si el ferrocarril no funciona, crece el transporte por carretera, más caro transportar pasajeros en ómnibus o mercadería en camiones pero no importa, el país aguanta todo. Esto es igual, Gerardo, se trata de pagar sustitutos de la seguridad que debería funcionar por las instituciones del Estado, que también pagamos nosotros. Nosotros, nuestra sociedad no sólo está cada vez peor sino que se la pasa, todo el tiempo, pagando el doble.
- Bueno...
- Ahora, digo yo, cuando te ponés en relación con este tipo de “personas” o de “empresas” sabés cuando comenzás pero, ¿sabés cuándo terminás?. Mirá Gerardo, ¿te acordás de González? Lo mejor será que consiga hablar con él, insistiré mañana.

Al día siguiente, Roberto logró el contacto:

- Hace unos días que estoy intentando comunicarme con Ud.
- Estuve de vacaciones – aclaró González.
- Me alegro que haya descansado, se trata de mi persona. Me robaron el auto hace dos semanas. Pensé si Ud. podía aconsejarme algo, me recomendaron que me ponga en contacto con Robos y Hurtos, no conozco a nadie allí.
- ¡Qué macana!, veré qué puedo hacer. ¿Tiene seguro?
- No, esa es otra historia que no vale la pena que se la cuente ahora, lo concreto es que estaba sin seguro, no lo había renovado.
- ¿Y la tarjeta verde?
- Tengo yo el original pero había una buena copia en la guantera.
- Deme todos sus datos y los del auto.

Roberto dio la información, y continuó:

- Hace una semana me pareció ver mi auto en 7 y 32 desde un micro; le pregunté a un amigo chapista si era posible y dijo que sí.
- Sí, puede ser y, ¿qué hizo? ¿se bajó del micro?
- No, la capacidad de reacción de uno es lamentable, cuando asocié los números de la chapa que había alcanzado a ver con los de mi auto, ya lo había perdido de vista.
- Sí, entiendo.
- He visto a la Policía de la Provincia deteniendo vehículos, me pregunto si tendrán...

Siguieron hablando unos minutos, Roberto mencionó la ruta a Mar del Plata en verano, quizá... pero, una vez más, le dijeron que debía tener suerte.

Esa tarde, fue González quien llamó por teléfono:

- Mire Roberto, acá le hemos la mayor importancia a su caso – dijo, refiriéndose a algún sector de la Policía -. Se ha cursado un radiograma de “interés especial”; se llama así porque ahora lo tienen todas las unidades que están operando afuera, y en forma permanente; de otra manera, se da el aviso y lo tienen dos o tres días y nada más; en este caso mantienen los datos y la búsqueda. Si Ud. lo llega a ver llame al 33333, disque el 3 hasta que aparezca la comunicación.
- Gracias, gracias.
- Cualquier cosa le aviso.

IV

CONSUELOS

1

La pregunta repetida, como disparo instantáneo de amigos o de conocidos, con mirada expectante, era “¿tenés seguro?” Mil veces Roberto tuvo que contestar que no y otras tantas recibió respuestas compasivas, mudas o asombradas; con algunas se tomó el trabajo de explicar, a otras replicaba con un gesto que quería decir “ya está, de qué sirve que te cuente nada”.

Una vez se sorprendió respondiendo “sí” porque con el “no” la conversación habría derivado en lo de siempre y ni siquiera valía la pena, en ese momento, continuar con el tema del robo. Hubo otra

respuesta afirmativa, fue para una persona que, según su manía, el “no” la habría llevado a otra serie de preguntas cansadoras; el “sí”, en cambio, la dejó conforme y hablaron de otra cosa.

Roberto pensó repetidamente que si algún castigo estaba recibiendo era ese repiquetear “¿tenés seguro?”

¿Para qué sirven los lamentos? Recordó a un amigo que solía preguntar: “¿qué venís a pedirme, un consejo o un consuelo?”

Aquel había sido el momento fatal.

Por entonces, los precios continuaban subiendo y cada vez más; eran las primeras semanas después de unas elecciones presidenciales.

Andaba ocupado con varias cosas y, a pesar de ser bastante ordenado no conseguía llegar cada mes antes de la fecha de vencimiento del seguro, si se pasaba tenía que llevar al auto para que lo miraran; tenía que hacerlo cortando sus tareas de la mañana, esperando hasta una hora. Los dineros alcanzaban apenas, había que controlarlos muchísimo, era molesto pagar mensualmente el seguro contra terceros y robo. En otros tiempos se pagaba por año, ahora había planes para cuatro meses a lo sumo, la inflación no dejaba nada sin trastocar, más papeles, más colas, más dificultades de pago.

Así las cosas, así los meses, un día dijo “basta”, vio que le alcanzaba para “vivir” tranquilo por lo menos cuatro meses y decidió sacar el seguro en la Caja Nacional de Ahorro y Seguro. En calle 8 entre 46 y 47 le dijeron que allí no, que tenía que ir a la calle 122 y 62, lo que le complicó la cosa, dejándolo para otro día. Llegó a media mañana a 122 y 62, recibió un número y comenzó a esperar. Como pasó una larga media hora sin movimiento, preguntó qué ocurría, “tenemos corte de luz en las computadoras, fue la respuesta, cuando vuelva la corriente continuaremos atendiendo”. Esperó un rato más; se le había arruinado la mañana. Se marchó.

Al día siguiente fue directamente al Automóvil Club Argentino de la calle 51 y 9. Había consultado y sabía que tendría una diferencia en el precio pero no tenía mas ganas de volver a 122 y 62, prefería solucionar de una buena vez el asunto.

Le sorprendió que el empleado se pusiera a calcular otra vez el valor del seguro.

- Yo tengo este precio – dijo Roberto, mostrando el papel que la misma persona le había dado días antes.
- No, ayer aumentó – respondió el empleado, sin inmutarse.

Cuando el cálculo estuvo listo, la cantidad de dinero que había previsto Roberto no era suficiente.

Jamás se estaba preparado y menos predispuesto, pensó Roberto, para las cotidianas sorpresas negativas de la Argentina que le tocaba vivir. “Tenés que viajar en tren y resulta que hay huelga; necesitás dinero y te encontrás metido en un feriado bancario y cambiario; querés comer y la inflación te come a vos”.

Roberto repasó lo mejor que pudo, en medio del disgusto, sus ajeteos por la seguridad del auto y reaccionó pidiendo que le calcularan solamente seguro contra terceros. Así lo hizo el empleado y obviamente, ahora, el dinero alcanzaba. Dio su conformidad, le completaron los formularios y lo mandaron a pagar.

- Pero, tengo el auto allí - dijo Roberto.
- Contra terceros, no hace falta que el inspector lo revise – respondió el empleado.

Una bronca más. La nafta estaba carísima y no había más remedio que limitar al máximo el uso del vehículo, ese día había sacado el auto exclusivamente porque le pedirían revisarlo.

Rumiando sus estrecheces, pagó y, con lo que le sobró, aprovechó para saldar unos impuestos en el banco más próximo.

En enero renovarí el seguro con robo incluido. Los ladrones no le dieron tiempo, actuaron el 11 de diciembre de 1989.

Para consuelos estaba. Las magnolias, los tilos de la Plaza San Martín no entendían de su amargura, ni la gente esperando en las paradas de los micros, ni los enamorados en los bancos.

Prestó atención a un gran cartel en la calle 50, una muestra de plástica del Museo Municipal en la esquina de 7. Perdido como estaba en sus recuerdos encaminó sus pasos por las escalinatas de la vereda e ingresó en uno de los dos salones cuya exclusiva decoración y lucimiento interior eran los cuadros expuestos; le llamó la atención tanta austeridad y pensó que quizá ayudara a concentrarse en la contemplación de las obras.

Miraba los primeros cuadros cuando, no supo bien cómo, se animó a preguntarle algo a una mujer de elegancia natural y mirada atractiva. Resultó ser la artista que exponía. Además de una chica recepcionista, no había más personas, eran las 20 horas.

La sensibilidad de Roberto era muy limitada para ciertas manifestaciones plásticas contemporáneas. Por ejemplo, siempre le disgustó Picasso. “Detrás de Picasso vienen todos los mistificadores, los macaneadores de la pintura”, solía pensar. Con lo único que recordaba haberse conmovido algo y eso después de pensarlo mucho, porque tenía que razonarlo más que sentirlo a Picasso, había sido con *Guernica*, todo lo demás siempre le parecía pilares y basamentos para la mediocridad: “a partir de este señor cualquiera presumirá de pintor, de intelectual”.

Cuando se sumía en estas disquisiciones siempre cuestionaba su sensibilidad, entonces se aferraba a las pinturas producidas desde los clásicos del Renacimiento hasta los Impresionistas. A partir de allí, sólo algunos trabajos llegaban a interesarle; le llevaba cinco minutos recorrer salones con obras abstractas o con interpretaciones y deformaciones de la realidad; era el caso de esta exposición.

Conocer a la artista le pareció del mayor interés. Le preguntó por el sentido de un cuadro cuya figura central era un gato; se iba trasformando en distintos planos con mutaciones más voluntarias que secuenciales y, en un extremo, se tornaba en un rostro. Roberto no retuvo la aclaración específica pero sí las explicaciones de movimiento, profundidad y cambios.

Otros cuadros desarrollaban una técnica propia, original de la artista. Sugerencias de figuras, logradas con sulfatos quemados en tonalidades de grises, marrones y azules. Una madre y un niño, algo así como un nacimiento en el cosmos o el cosmos a partir de un nacimiento. Decía la autora que las explicaciones no eran tan importantes como las reacciones que provoca la obra en el observador, lo que experimenta y siente.

- Estas manos son grotescas, desproporcionadas con respecto al cuerpo - se animó a comentar Roberto sobre otro trabajo.
- Esta escultura está hecha con cartón y papel; son materiales que encuentro, que puedo utilizar en épocas de crisis como ésta, todo está tan caro.
- ¿Son unas manos desesperadas que tratan de asir algo de un ser allá lejos? – insistió Roberto.
- Líneas de fuga – dijo la artista, más interesada en escuchar que en explicar.
- Intentar aferrar, entender el presente desde un pasado que se pierde, que no alcanza como sustento ...

Así fueron desfilando, casi uno por uno, todos los cuadros y esculturas. Sin embargo, Roberto pensaba que algo se estaba perdiendo; escuchaba los comentarios de la artista y al mismo tiempo lo perturbaban sus propias amarguras. Se esforzó un poco en la conversación. Contó él haber visto el cuadro de alguien que disparaba la pintura con una escopeta, “pongo rojo, ¡allí va! ¡pruum!, ahora verde y ¡dale!” Le había parecido una aberración, eso no podía ser arte pero, al mismo tiempo, había admirado la enorme apertura intelectual que significaba admitir semejante cosa en una exposición, en una Bienal de París. También había visto, allí mismo, una simple tela color lila, en bastidor, presentada como un cuadro más.

“Lo casual, el pigmento como huella de un gesto no intencionado, lo natural, o lo que eventualmente no tenga determinismo humano, también es importante, también puede y debe expresarse; de otra forma no se lograría, no se conocería”. Dijo así la artista y a Roberto le pareció descubrir como una lucecita en medio de lo que, por años, había sido de rechazo pleno.

El museo cerraba sus puertas y, prácticamente, tuvieron que echarlo. Había visto también obras de discípulos de la artista; recordaría una particularmente: un caballo de cola desproporcionada y patas cortas. Lo vio de atrás, en primera instancia, y no le gustó “ni medio”; sin embargo, la posición, el equilibrio, la actitud del caballito algo decían; hacia el costado izquierdo la visión mejoraba muchísimo y de frente era otra cosa, pleno de movimiento sugerente ¿sugerir qué?, no lo supo, dinámico, alegre también. Y, mirando su costado derecho, era sencillamente armónico, la cola seguía siendo grande pero parecía un ala. ¿Podía ser esta figura tan sorprendente? Sí, lo era. La artista estuvo encantada con los descubrimientos de Roberto.

Minutos después, tomando café en la otra esquina de 7 y 50, se sentía reconfortado y pensó que esa tarde su sensibilidad plástica había mejorado un poco.

2

Un amigo entró en su despacho para solidarizarse, acompañar con su simpatía. De improviso se quedó pensativo, su mirada comenzó a decir muchas cosas, luego, como disculpándose, dijo: a mí no me ha pasado ... no encontrar el auto, no me lo imagino. ¿Qué se siente?

Roberto se quedó mirándolo unos segundos que le parecieron una eternidad. Era la pregunta más estúpida escuchada por años; había un locutor de TV insoportable que era capaz de preguntarle a las piedras o a un Presidente, qué se siente, qué sintió. Las respuestas eran invariablemente idiotas, huecas, con frases hechas; preguntas inútiles, respuestas inútiles.

En este caso, era una pregunta amiga, era decir ¿y cuando me pase a mí? Así concluyó Roberto, y respondió: Te parás allí como un imbécil, sabés que lo dejaste allí pero dudás, habrá sido más allá y vas a la otra punta de la cuadra, ¿para qué?, es absurdo pero lo hacés. ¿Qué esperás? ¿que alguien lo haya corrido? “Disculpe Ud. lo llevé más allá, lo cambié de vereda”, porque también recorrés la otra vereda. Y te falta, sabés que te falta, que se llevaron tu auto, sí, se lo ro-ba-ron, y vos buscando más allá como un cretino. Eso es lo que se siente.

3

Tenía una cantera cerca de su casa en Gonnet y decidió ir a visitarla. Las canteras suelen ser lugares donde abandonan autos; allí pasan las “tarántulas”; horas, días y cada vez irán desapareciendo más y más partes. La verdad, en la sociedad argentina que le tocaba vivir, tampoco era necesario un lugar alejado o poco poblado; en cualquier calle se podía encontrar un auto abandonado, primero sin ruedas, después sin puertas, y así siguiendo; hacía pocos días a Roberto le había llamado la atención lo que quedaba de un Citroën color ladrillo, en pleno barrio “bien” de Belgrano R en Buenos Aires.

A las canteras se las puede imaginar en los costados de los cerros, para sacar piedras. En La Plata no hay cerros. Las canteras pueden ser agujeros insospechadamente enormes, de varias manzanas de superficie y profundidad aún mayor que diez metros; se saca tierra para construcción, para fabricación de ladrillos. Hay muchas. Se pasa por el borde y no se cree lo que se ve, un precipicio, una inmensidad “allá abajo”. Ésta, a la que se dirigía Roberto, estaba a escasas treinta cuadras del centro de la ciudad. Un centenar de años atrás el lugar sería pleno campo, ahora estaba dentro del conjunto de zonas urbanas y suburbanas de La Plata, que se extienden varios kilómetros hacia el norte, hasta la localidad de Villa Elisa.

Iba por el estrecho y congestionado Camino General Belgrano. Se bajó de la bicicleta y pasó caminando el puente a la altura del Hospital San Roque, diciéndose “un descuido y cualquier micro o camión me arrastra”. Era una tarde de verano con el clima cambiado a ventoso y frío; avanzó por la avenida 19 e ingresó en la calle transversal 514, de tierra. Pedaleando con dificultad algo más de dos cuadras, comenzó a ver el colosal agujero; se paró en un borde mirando sorprendido tamaño despropósito: unas cuarenta manzanas de superficie a más de quince metros por debajo de sus pies,

¡profundidad similar a la altura de un edificio de cinco pisos! Atónito, se preguntó si continuaría aún la explotación de eso, si era posible tanta depredación, si su sociedad podía tener tales sorpresas.

Entre el borde de la cantera y buena parte de la calle crecían arbustos y malezas que nadie cortaba, de modo que, parecía increíble pero ocurría muy a menudo, se podía pasar al lado de estos descomunales agujeros y no verlos.

Desde el ingreso en la calle 514 no había visto nada parecido a algún auto abandonado. De algún modo, lo tranquilizaba no encontrar al suyo tirado por allí o en alguna transversal del otro lado del agujero, callejuelas también de tierra, desdibujadas entre matorrales que dejaban ver una que otra casa miserable.

Su intención era recorrer el lateral del pozo por la 514; había ingresado por la calle 19 y saldría por la 31. Una cuesta pronunciada con abundantes piedras en las huellas lo obligó a bajarse de la bicicleta y caminar arrastrándola a su costado. Hacía frío, el sol se había puesto sobre el horizonte pero aún era de día. Comenzó a tener una desagradable sensación de inseguridad; estaba completamente solo ente el agujero de un lado y los matorrales del otro; de la 19 a la 31, jamás doce cuadras le habían parecido tan interminables. Cedió la cuesta, trepó a la bicicleta y pedaleó todo lo rápido que pudo. A mitad de camino, un hombre de mediana edad, de muy mala traza, revolvió y algo buscaba en un montón de humeantes deshechos. Más adelante, unos muchachos se metieron en una transversal; cuando pasó con la bicicleta, habían desaparecido entre los chapones de una villa miseria.

Faltaba un par de cuadras, a la derecha algo así como los fondos de lo que pudo haber sido una fábrica, a la izquierda ya no había pozo; anochecía, pedaleó con más fuerza y llegó a la calle 31. Su visita había terminado. Las tarántulas estaban inactivas en esa zona.

Siguió por la 31 hacia el norte, luego por la calle 508, y volvió a su barrio en Gonnet.

V

EL MAR

1

“Peores cosas le pueden pasar a uno, hay otras formas de perder el auto, a veces, es el auto el que se salva”. Roberto ensayaba pensamientos.

Su otro yo, disponible en ese momento, tenía tema para intervenir.

- ¿Lo más importante, no es estar bien de salud?

Roberto no se inmutó, le pareció una obviedad.

- ¿Lo más importante, no es estar en condiciones de ensayar una respuesta, una revancha? – insistió su yo.
- Veamos, el auto era viejo – concedió Roberto.
- Eso es, ¡un buen punto de partida! – se animó el otro yo -, significa que su venta no alcanzaba para medio, quizá para un tercio de un auto nuevo.
- ¿Qué no he perdido un auto nuevo? ¿qué sólo he perdido un tercio?
- Has perdido un tercio, no has perdido todo.
- ¡Pará, pará! ¡He perdido algo muy importante!
- Sí, pero no algo irremediable.
- Sugerís que me preocupe mejor por los dos tercios?
- No, no, un tercio. Podrías recomponer la situación, quizá con ventaja.
- Quizás un auto más pequeño – Roberto no podía eludir el diálogo.
- Que consuma menos, que puedas usarlo más.
- Y si dos tercios – se puso pesado, Roberto.
- Ya estarías mejor que antes, te habrías acercado a un auto nuevo.
- ¡Para lo que me importan a mí los autos nuevos!
- Quise decir que tu situación habría evolucionado, lo bastante para que tu medio de locomoción fuese mejor.
- ¡Dale! ¡Mi pérdida no es tan importante, tan definitiva!
- En términos razonables es un auto amortizado – insistió el otro yo -, en diez años ya te prestó los servicios que esperabas de él.
- Aún representa un capital y ...
- ¡Decadencia, recesión, pauperización; en condiciones normales de país no existiría casi ese valor residual después de diez años de uso!
- ¡No, pará!
- Un auto nuevo también costaría menos.
- ¡Argentina año verde! ¡Mientras tanto, unos tipos se están cagando de risa con mi auto, vendiéndolo a pedazos o usándolo panchamente!
- ¿Podés hacer algo?
- Y ...
- Es otro mundo.
- ¿Qué cuando todo va al pelo no lo advertís pero cuando te golpea lo hace con impunidad?
- Es lo que te está pasando.
- ¡Pero, no son marcianos! Son parte de mi sociedad. Es el tipo de más allá el que me jode, pero no sé quién es.
- Sí, pero tu sociedad no se da abasto con sus enfermedades y sus remedios, con sus lepras y sus premios Nobel.
- Mirá, volvamos al principio, a tus buenas intenciones.
- Un accidente en que saliste ileso – su otro yo se reconoció sin convicción.
- El auto se incendió, se deshizo ...

Roberto se sintió cansado. Recordó comentarios parecidos de amigos y familiares, razonables, oportunos, que intentaba que le llegaran, que le ayudaran a contener su coctelera, a serenar su espíritu.

Se revolvió en su asiento cinco estrellas rumbo al balneario Villa Gesell. Hacía una hora que había salido de la terminal de ómnibus de calle 42. Las negras siluetas de los árboles pasaban por la ventanilla. Noche de nubes y estrellas. Se levantó en busca de un café al fondo del pasillo, pidió permiso a la señora que tenía al lado, por suerte no dormía. Regresó lentamente a su asiento. Trató de relajarse, unos días de playa le vendrían bien; dejó el vasito en el arito soporte. Se durmió.

2

La carne resultó un desastre, pero las ensaladas, ¡ah, las ensaladas! Alguien preguntó si era ¡un asado nocturno o una noche de ensaladas! “Es a propósito, dijo uno de los dueños de casa, así aprecian nuestras especialidades: las ensaladas, la cerveza y los alfajores; en estas tres cosas somos expertos aquí”. Una ensalada era de arvejas con queso y huevo trozado, casi triturado; otra de cebolla deshojada y a la parrilla; otra también de cebolla pero cortada, pasada por agua caliente y sazonada con sal y limón. “¿Es cebolla esto?”, había preguntado uno de los invitados, el sabor era tan suave. Había variedad para elegir, junto a las clásicas “rusa” y de lechuga y tomate.

- Mirá, la carne estuvo dura – opinó alguien.
- ¡No fue para tanto! – reaccionó un comenedor.
- ¿Y la ensalada de fruta? Me comí dos tazas grandes. ¿Tenía melón, dijeron? ¡buenísima! – se escuchó a un entusiasta.

Agotados el vino y los postres, los comensales se trasladaron en grupo a tomar café en una terraza de la calle 3 y 105, la peatonal 3 de Villa Gesell colmada de gente, disfrutando de una hermosa noche de enero. De pronto, todos escucharon a Roberto:

- ¡Allí está la mina! – exclamó.
- ¿Qué mina?
- Esa, la del Banco.
- ¿Qué banco, flaco?
- No, no, de un Banco de La Plata.
- ¿Y?, seguila, ¡dale!
- No, ya pasó, iba con un tipo. ¡Me persigue esa mina!
- ¡Lo persigue la mina! – todos se mataron de la risa.
- ¡Bueno, no me carguen, che!
- ¿Vos, qué tomaste, vino o cerveza?
- ¡No, no, el flaco mezcló, se tomó todo!

Hacía calor, el mar se veía hermoso. Por el sur se venía una tormenta de nubes negras, dentro de un rato habría que irse corriendo. Roberto remoloneaba en una carpa; recordaba a la chica que había vuelto a ver la noche anterior, “qué linda forma de caminar”; pensaba que no había visto autos como el suyo, hasta ahora ni uno verde con techo negro en las calles de Villa Gesell.

Cecilia apareció apoyando sus manos en el marco de la carpa, la perfección de su silueta se dibujó contra el cielo, el viento tormentoso desparramó su larga cabellera.

- Vamos Majo – dijo Cecilia, siguiendo el cuento español que le hacía él – nosotros divirtiéndonos y vos aquí pensativo, tuvimos que suspender el partido de voley.

Roberto sonrió.

- Será la primera lluvia en varios días – comentó.

Llegaron corriendo un matrimonio, Gerardo y otros amigos. Juntaron lo que quedaba en la carpa y se sumaron al desbande generalizado.

Esa noche de chaparrones fue de baile hasta el amanecer.

Cecilia, de madrugada y mientras elegía apoyar una u otra oreja para dormirse, se puso a pensar en Roberto. Le habría gustado saber qué lo tenía más taciturno, si su auto o su “mina” del Banco. Entre cargada y cargada, había dado bastantes descripciones de la chica, “¿y, si yo la conociera?”, pensó.

Hasta el alejamiento de su hermano, entre cumpleaños, casamientos, despedidas y cualquier otro pretexto, llevaba una vida social muy activa; un día, su hermano había exclamado: “¿Ceci, a quién no conocés vos en esta ciudad?”; se refería a las chicas, que era lo que le interesaba. Era útil ahora y se puso a rastrear su memoria.

Pudo identificar por lo menos a cinco, “bueno, pensó, es un tipo de chica bastante frecuente en La Plata”. Sus ideas comenzaron a tornarse vagas, se dijo que las había muy lindas y otras no tanto. Tendría que buscar entre las lindas, eso, seguro.

Sonó el teléfono. Levantó el auricular, su hermano le decía de almorzar juntos. No entendía nada.

- Pero, sí – insistió él.
- ¿Y cómo hago para ir? – se le ocurrió preguntar.
- Te tomás el subte.
- ¿Sos loco? ¿qué subte?

Es subte le resultó extrañísimo, todo pintarrajeado; se abrieron las puertas y se hizo paso entre dos negros para ingresar. Tuvo miedo entre gente que parecía muy indiferente.

Se encontró subiendo las escaleras de salida del subterráneo; afuera iban apareciendo los enormes edificios de Nueva York. Se sintió perdida, demasiada gente subiendo y bajando. En el borde superior estaba su hermano; le dio un abrazo interminable.

Caminaron por Broadway, entraron en un restaurante y se ubicaron en un apartado, las mesas tenían velitas. Su hermano comenzó a contarle cosas; vino el mozo, de camisa blanca y moñito; ordenaron “milanezas a caballo”. De repente, su hermano comenzó a hablar en inglés, no le entendía, lo retó, que se dejara de jorobar.

Muy sonriente, Roberto le dijo que ya se iban. El mozo, que retiraba la cuenta y la propina, ¡tenía la cara de Gerardo! ¿Su hermano? No, no estaba.

Cecilia se estremeció, intentó gritar y por suerte se despertó. Se quedó inmóvil unos segundos, y se consoló pensando que estaba de vacaciones. El sol de medio día entraba por su ventana.

3

Después de los días de vacaciones, Roberto tenía que renovar su reserva de vino y decidió hacerlo en un supermercado del centro.

Salió con cuatro botellas de vino en una bolsa, caminó por calle 7, y reparó en un auto que por 45 esperaba con luz roja para cruzar. “Bah, pensó, ya llevo tantos vistos verdes con techo negro” y siguió por 45. Unos metros más y se dijo que no le costaba nada detenerse a verlo pasar. Lo conducía un hombre de unos cuarenta años, con canas prematuras quizá. Cuando pasó intentó leer la chapa, reconoció el primer cinco y los tres últimos números: 925. El cinco final no correspondía y le bajó la expectativa unos segundos.

El auto se detuvo nuevamente, con luz roja, para cruzar calle 6. Apuró el paso y pudo ver en el costado izquierdo del vehículo grandes rectángulos grisáceos, como de trabajo de reparación de pintura en curso; fijó un poco más la vista, lo tenía a media cuadra; sobre el lado izquierdo de la tapa del baúl tenía dos rectángulos pequeños de igual color que los otros, y uno de ellos estaba exactamente donde su auto tenía un bollito hecho en marcha atrás contra un árbol.

“¡Justo una reparación de pintura allí!” Instintivamente, trató de encontrar la calcomanía que tenía en el vidrio posterior, abajo a la izquierda. No divisó nada, ya estaba más cerca, parecía limpio ese sector. “¡Sería estúpido que quedara algo! Le están renovando la pintura, han alterado la chapa cambiándole sólo el último número”. El auto cruzó calle 6 y se alejó. Había visto que la chapa parecía vieja; “no será difícil fabricarlas con ese aspecto”, pensó, y siguió caminando.

En 6 y 44 subió al auto que le había prestado Gerardo y se desplazó hasta retomar 45. Nada a la vista. “¡También, podría haberme esperado!”, algún humor lo acompañaba. Al acercarse a calle 1 dudó si girar a la izquierda o a la derecha, optó por la izquierda hacia la Diagonal 80.

Esperó con luz roja entre varios autos y siguió por la diagonal en dirección al barrio de los “studs”. Al azar, giró por la calle 38 y, lejos, vio que un igual se introducía en una transversal. Avanzó, encaró por la misma transversal y nada a la vista. Siguió a la deriva, por una calle, por otra. Encontró otro igual estacionado pero no el que buscaba. “¡La pucha, cuántos verdes con techo negro! ¿Será posible?”.

Salió de la zona y enfiló hacia Gonnet. Se arrepintió. ¿Por qué no seguir buscando? A la altura del Mercado Regional, giró en redondo y volvió a la rotonda de Diagonal 74 y 32. Incursionó por algunas calles más y ganó el fastidio: “¡Basta!”

Llegado a casa, se dirigió al teléfono.

- Lo llamo porque uno tiene que llamar a alguien, creo que volví a ver a mi auto – le cuenta más detalles -. Tengo una pregunta tonta, hago tantas preguntas estúpidas últimamente.
- No se preocupe – su amigo chapista reaccionó con paciencia -, ¿qué?
- ¿Hay muchos talleres chapistas en esta ciudad?
- Y sí, muchísimos, ¡quién sabe cuántos!

Llamó también al amigo que había logrado el radiograma “de especial interés”. Imposible, no lo consiguió por ningún lado. Cuatro días después, pudo localizarlo y dijo:

- Y sí, puede ser. La persona que busca está sensible a muchas cosas; pero la próxima vez no le dé tanto tiempo, sígalo discretamente con un taxi, se gastará unos australes pero sáquese la duda; si tiene suerte, llame al Comando Radioeléctrico inmediatamente... Sí, es cierto, alguien puede haberlo comprado de buena fe, de otra forma sería más que una idiotez tener al auto dando vueltas por aquí; bueno, también saben que si los agarran los tienen unos días adentro y luego salen, y les importa tres belines. Lamentablemente es así.

4

Los fines de semana en Gonnet eran plácidos, los chicos corrían por las calles con sombras de tilos, fresnos y acacias. Gente de clase media, o todavía de clase media, cierta conciencia de barrio, algunos vecinos se conocían entre sí, subsistían aún terrenos baldíos que mantenían cierto aspecto de campo.

Mientras cortaba el césped en la vereda, se acercó una vecina. Le contó que en La Nación de tres días atrás había una lista de autos robados por una banda de Buenos Aires:

- ¿Puedo ver la lista?
- ¡Hum, no conservamos los diarios más de uno o dos días!
- Pero... bueno, tengo unos amigos que compran La Nación, suspendo esta tarea y los llamo.

Hizo el llamado y contestó la dueña de casa:

- ¡Hola! ¿Cómo están?
- Hoy mal y a las corridas.
- ¿Qué pasa?
- A Pedrito lo asaltaron en Paso de los Libres el jueves. Ayer me llamó desde la comisaría, había dormido allí, junto con los demás pasajeros del ómnibus. Los esperaron, los asaltaron, les sacaron toda la plata y también ropa. Yo no quería que fuera a Río de vacaciones por considerar a Brasil poco seguro; se comprometió con unos amigos, estuvieron juntando dinero; el año pasado no

viajaron porque algunos chicos no reunieron lo suficiente; lo hicieron ahora y mirá vos, nuestro país es el poco confiable.

- ¡Qué desastre! Si puedo ser útil en algo, avisame.
- Te agradezco, ayer mismo conseguimos enviarle un giro por el Banco Nación, tenemos un amigo allí que nos ha ayudado.
- Mejor así, bueno, te llamaba por... ¿Ustedes son lectores de La Nación, sí?
- Mirá, desde hace más de un año cambiamos por Clarín que, nos parece, tiene una línea de pensamiento menos rígida y un formato más cómodo... No, no tenemos La Nación, ¿por qué?
- Me interesaba una noticia del martes. Pero, olvidate, ustedes tienen preocupaciones más importantes en este momento.

En eso, la vecina llamó a la puerta, ese diario aún no había ido a la basura.

Roberto se despidió en el teléfono. Con su vecina, leyeron la lista de patentes de autos robados; la del suyo no estaba.

VI

AMIGOS

1

- ¡Hola Gabriel, qué hacés! – saludó Cecilia al recién llegado.
- Allí está por recibirse una amiga – dijo Gabriel señalando un aula.
- ¿Laurita? ¿la conocés? Yo también vine a verla.
- ¿Pasa algo?
- Está retrasada la mesa, yo me iba un rato, tengo que comprar algunas cosas y vuelvo.

El agujero central del edificio y las barandas del primer piso de la Facultad de Humanidades los separaba del aula de examen.

- Ceci, ¿conocés a esa rubia, a la derecha de la puerta?
- ¿Cuál?
- Bueno, justo la tapa uno de campera beige.
- Sí, ahora la veo, no, me parece que no. ¿Y vos? ¿andás buscando rubias, también?
- ¡Rubias o autos...! Bien, yo también prefiero volver, ¿bajamos juntos?

- ¡No, no, yo ahora me quedo!
- ¡Ja, estas mujeres no tienen remedio! Chau, nos vemos.

Cecilia dio despaciosamente vuelta al agujero. Se quedó a algunos metros de distancia. No la conocía. Si ella tenía cinco alternativas ésta podía ser otra. Se sintió más curiosa que de costumbre; ya se las ingeniaría para charlar con ella.

2

A veces eran horas, a veces eran días, estados depresivos seguidos por estados normales; sensaciones de indignación, de torpeza, de impotencia, mezclados con búsquedas de paz interior, con resignación, con propósitos alternativos; ánimo cordial, ánimo irritable; sobre todo los primeros días se sentía en una coctelera, súbitamente agitado o quieto.

Desde meses atrás, Roberto había estado usando el auto bastante poco, la nafta había trepado a valores tremendos, hubo días en que las calles se despoblaron, era evidente que todos acusaban el impacto. Pero sólo los primeros días. En Argentina, casi nada que se rotulara como crisis era novedoso; que aumentara la nafta no era la primera vez ni sería la última, cualquier gobierno de turno pegaba el manotazo por ese lado; un día descubría con gran estruendo que las tarifas estaban retrasadas, que las empresas públicas se estaban descapitalizando y pretendían convencer a la humanidad que lo descubrían realmente, diciéndolo como si nadie lo hubiese dicho antes, como si jamás hubiese ocurrido en el país, usando con descaro el grotesco tragicómico: “nunca antes la situación ha sido tan terrible como ahora, peor que esto no podemos estar”. “En mi país, decía Roberto, no hace falta tener muchos años para haber escuchado lo mismo y cuántas veces de las mismas bocas con sólo meses de diferencia”.

César solía “prenderse” en conversaciones de este tipo.

- La nafta es un caballo de batalla repetido hasta el cansancio – decía Roberto.
- Tiene un enorme componente de impuestos – abonaba César -, agente recaudador eficaz, inmediato.
- Con estabilidad y con porcentajes razonables, podría ser. Pero no, a cada gobierno de turno se le ocurre recaudar más por esta vía. Cuando te aumentan la nafta vos tenés menos plata en el bolsillo. ¡Nadie te aumentó el sueldo antes!
- ¿Y si yo tuviese más dinero en el bolsillo, por qué tendría que pagar más cara la nafta?
- Veamos – concedía Roberto -. El sistema me permite evolucionar, luego, ¿porqué no contribuir más con mi Estado?
- Sí, sí, pero soñar no cuesta nada; es un lujo de análisis al que no tenemos acceso en este país, por generaciones.
- Hay gente nuestra que siempre tiene para pagar más...
- Bueno, de treinta millones de personas... algunos centenares de miles viven como duques.
- Una sociedad que crece al revés, cada vez menos ricos, cada vez más pobres.
- El ciudadano común está metido en pagar todo más caro, la gente se moviliza menos, aumentan la nafta y el Estado recauda menos.

- ¡Efecto multiplicador! ¿Señor, qué tiene que ver la lechuga con la nafta o con el dólar? ¿Qué tiene que ver? Este... el transporte... La lechuga, no sé, ¡pero igual aumentó! Si no quiere llevarla...

Con similares elucubraciones a costas, Roberto hacía sus traslados con el servicio urbano de transporte, cada vez más entrenado. Quedarse repentinamente sin auto no lo traumatizó tanto en sus movimientos como en su espíritu.

Sentido y sufrimiento de culpa. “Con todos los atenuantes que quieras, se decía, pero boludez al fin”.

Frustración, amargura contra su sociedad. ¿Qué le daba como defensa su sociedad? ¿sólo un seguro pago? ¿Y la Policía? ¿y la seguridad social? ¿y la comunidad organizada? ¿qué seguridad? ¿qué organización?

- Todo funciona o parece que funciona mientras no te pasa nada – con cualquiera, Roberto armaba una conversación así -. Cuando algo te golpea realmente, recién advertís una tremenda indefensión, una increíble indiferencia. Como en el caso de un chico atropellado en calle 7, en pleno centro; quedó tirado en el pavimento bastante tiempo; el taxista causante y advertido del daño siguió de largo. Una mujer rescató a toda esa sociedad, tomó al chico y lo llevó al Hospital de Niños, tenía fracturado un antebrazo. Una excepción lo salvó. La sociedad, toda la sociedad “organizada” a su alrededor en el mejor de los casos sólo miró.
- Volviendo a tu auto, Roberto, ¿qué y cuánto puede hacer la Policía? ¿puede parar y constatar datos de todos los autos verde techo negro de esa marca en todo el país? ¿si así lo hiciera, por cuánto tiempo, hasta cuándo? Y cuando atrapa a una banda, ¿es ésa la banda que te robó a vos?
- ¿Y?
- Y... y, no estoy tratando de disculpar a nadie.
- De todos modos, “nuestra sociedad” es la suma de todos nosotros, sus acciones son la resultante de las acciones de cada uno de nosotros.
- Sí... pero mirá, justamente, otra actitud nuestra y generalizada al revés: una persona, o varias, o una institución que critica, que se queja; siempre lo hace “desde afuera”; todos y todo lo demás son los que están mal, son corruptos, roban, son burócratas, lo que quieras, pero él o los que están en uso de la palabra no, no están involucrados, son puros ¡cual maricanos caídos hace un segundo a esta país!
- ¿Nuestros problemas son de tizas que le faltan a los maestros, de patrulleros que le faltan a la Policía? ¿Es falta de cloacas, de centrales eléctricas?
- Perdoname flaco, pero ahora soy yo el que pregunta: ¿y?
- Quiero decir, vos metiste el dedo en el ventilador – Roberto parecía tener algo bueno -. Nos falta capacidad para hacernos cargo de nuestros propios problemas, que en última o primera instancia, como te guste más, son mentales, de educación, no son de falta de esto o de aquello o de guita; si así fuera, nunca vamos a tener solución, siempre nos van a faltar millones de dólares.
- Entonces, vamos a seguir pidiendo préstamos al Banco Mundial, al Fondo Monetario Internacional, y...
- Que se sigan arreglando para pagar los que vienen, nuestros hijos, nuestros nietos; ¿no lo hacemos nosotros, sucesivamente caramba, con el legado de cada ilustre antecesor, de Rivadavia y la Baring Brothers para acá?
- Más de un supuestamente despistado dirá que éste es un problema de la Argentina de hoy y resulta ser tan viejo como la perinola. Está bien, Roberto, pero ¿no nos hemos ido de tu problema, del robo?

- Uno se atormenta y también se pierde buscando un culpable inmediato, asible.
- ¿Cómo?
- Nadie puede pretender curarse en salud con sólo cortarse un dedo gangrenado si, además, tiene el hígado perforado, artrosis, anemia, etc.; y el cuerpo lo sabe, el cerebro lo sabe.
- ¿Algo así nos pasa como cuerpo social?
- Todos conocemos nuestras lepras chicas y grandes, pero convivimos con ellas, nuestro deporte nacional consiste en rasgarnos las vestiduras, y de los gobiernos de turno ni te cuento.
- ¿Metés a todos en la bolsa?
- Seguro, porque todos somos hijos de la misma sociedad. No cae gente de otro planeta con un golpe militar o con una elección.
- ¿Y la democracia?
- La necesitamos como al oxígeno.
- La hemos ejercitado tan poco... también tiene corruptos a purgar.
- Sigamos, apuntemos a que nuestros nietos vivan mejor.
- Siempre igual, Roberto, diagnósticos a montones y metas difusas, pero ¿cómo nos encaminamos? ¿cómo enganchamos ambas puntas? En los “cómo” nos quedamos cortos.
- El ejercicio de la democracia. No se me ocurre otra respuesta global. Varios de los pueblos más poderosos del planeta pueden contar en centurias sus experiencias democráticas.
- ¿Te acordás, en una conferencia, el año pasado?, escuchamos un buen mensaje.
- ¿La Constitución?
- Sí. Todos deberíamos conocer de memoria la Constitución Nacional, como los mandamientos del catecismo. Nuestros derechos y obligaciones fundamentales están en apenas nueve artículos, del 14 al 22.
- Y los derechos del hombre de la Revolución Francesa son sólo diecisiete.
- Sólo nueve, sólo diecisiete. ¿Es tan difícil que estén metidos en todos nosotros?

3

Solo o acompañado, Roberto volvía una y otra vez sobre estas consideraciones, intentando comprender en un contexto más amplio lo que se estaba pasando. No era raro, entonces, aún de mañana, que llegara a la oficina con el humor agriado; en tal caso, conseguía superarlo con algún esfuerzo o, si tenía la suerte de encontrarse con la responsable de Contaduría, dulce por naturaleza y sensible a su preocupación, ella se las arreglaba para decir algo que lo volviera a la normalidad.

Así ocurrió esa mañana. “No quiero verte así” le dijo con toda sencillez y él lo recibió como un empujoncito de esperanza. Consultó su reloj y decidió llamar a Juan Pablo antes de sumergirse en los papeles que tenía en el escritorio.

Juan Pablo había tomado el número completo del auto que Roberto había visto con trabajos de pintura. Lo había encontrado estacionado dos veces en la calle 45 entre 9 y 10. Todo cerraba bien. Roberto lo había visto cruzar 7 y 6 por 45. “Tenés que andar con la lleve encima, aconsejó Juan Pablo, lo encontrás, lo abrís”.

Roberto fue a la calle 45. Fue al día siguiente. No encontró nada.

Juan Pablo sugirió, entonces, que llamara a un pariente que tenía a su cargo una repartición de Registro Automotor.

Por teléfono, Roberto explicó brevemente de qué se trataba y pidió si se podía constatar a qué vehículo correspondía el número de patente; lo indicó dígito por dígito. El funcionario pidió a su secretaria que se fijara en el fichero. Por el auricular, Roberto escuchó que la chica leía marca y modelo del auto. Sí, la identificación era correcta, ese auto tenía características iguales al suyo.

Agradeció y se despidió, gratamente sorprendido por la rapidez de la respuesta. La teoría de la chapa adulterada se evaporó.

Esa tarde caminó lentamente, dejando que sus pasos lo llevaran, habían pasado ya más de tres meses. La nada del primer instante. ¿Es tan fácil en nuestra sociedad robarle a un ciudadano? ¿Qué sigue mañana? ¿acostumbramiento?, se preguntó con exasperación.

Su otro yo no se privó de intervenir:

- Cada vez le das menos bola a los iguales – acotó.

No tuvo respuesta

Roberto siguió caminando, se encontraría con amigos en un Café.

Fue el primero en llegar, eligió mesa y se sentó.

Junto con el café que había pedido, aparecieron Cecilia, Gabriel y Juan Pablo.

- ¿Y, noticias de tu auto?
- No, nada.

Era sólo una introducción, se traían algo entre manos.

- Te vamos a presentar a alguien que... bueno, después nos contás. Tanto hinchaste con tu “mina del Banco” que la hemos encontrado; resultó ser...

Gerardo entró, divertido y burlón, con ella... con sus hombros perfectos, sus hermosas piernas y esa forma de mirar.

- Te presento a Claudia.
- Hola – atinó a decir Roberto, mirando a cada uno, perturbado, incrédulo.
- ¡Chau! ¡Chau! – Se esfumaron todos.

Y se quedaron solos.

INDICE	Página
PRÓLOGO	3
I LA NOCHE	4
II ELLA	10
III GRISES	13
IV CONSUELOS	17
V EL MAR	22
VI AMIGOS	28

Quedan hechos los depósitos que previene la ley N° 11.723

**Libro impreso en los talleres gráficos del C.E.I.
11 de diciembre de 1990**